# Notas en Francia

Camila Caligiuri

# Capítulo 1

Notas en Francia

Camila Caligiuri

**Querido Adam:**

Esto es muy extraño, Adam. Realmente lo es. Digo, me conoces: sabes lo mucho que amo el arte medieval. Pero, escribirte una carta en uno... no lo sé.

Luego de tu muerte me mudé a París con mis padres, te juro que todo era insoportable. Y después de un año de sonrisas en el día y llantos por las noches, decidí regresar a Indre y Loira. ¿Por qué? Porque aquí comenzó todo. Cuando decidí mudarme a este hermoso lugar, lo hice pensando en empezar de nuevo: era una chica de veinte años que había vivido la mayor parte de su vida en París junto a su familia. Pero siempre supe que estaba hecha para más viajes, para un lugar como Escocia o Irlanda, pero no era capaz de alejarme tanto de la gente que más quería, de mi vida y de Francia. Entonces me decidí por Indre y Loira, y te conocí.

Es por eso que quise regresar, Adam, porque este lugar fue un comienzo en mi vida. No sólo por ti, también por todo aquí. Y necesito que sea un cierre, no quiero alejarme totalmente, ya sabes, pasé cinco años de mi vida acá. Y ahora que te fuiste y que yo cumplo veintiséis... quiero cerrar una etapa.

¿Sabes dónde estoy? Seguro lo recuerdas, estoy en el castillo de Chenonceau. Justo ahora una paz interior sale de mí mientras observo el lago y las hermosas construcciones. Tan antiguo, tan hermoso y con tantas historias. Este castillo fue construido en 1430, creo que te lo comenté. Y también te comenté cuanto me gustaban las cosas antiguas, las medievales.

Elegí este lugar para la primera carta por muchos motivos, sabes que siempre tengo muchos motivos. Pero, después de todo, lo elegí por nuestra pequeña discusión aquí:

—El lugar es hermoso —habías comentado con la vista fija en la enorme construcción.

Tú me habías hecho reír. Realmente ahora no lo hago, pienso en tu pelo castaño y tus ojos oscuros.

Y en como todo eso murió contigo.

—No más hermoso que vos —bromeé.

Te habías dado la vuelta y me sonreíste. Lo recuerdo perfectamente, tu rostro y las comisuras de tus labios elevadas con un castillo de fondo. Tus ojos brillaban y tú lo hacías con ellos.

Y, hoy en día, todas esas cosas están enterradas en un cajón.

—Pensé que estabas enojada conmigo —habías dicho.

Me paré y reposé mi espalda contra una columna mientras te miraba.

—Lo estoy —asentí—. Pero eso no significa que tenga mala cara todo el día.

— ¿Alguna vez te dije que eres muy extraña?

—Nací en América, me mudé a París y luego a Indre y Loira —me encogí de hombros—. A veces puede que sea complicada.

Recuerdo cuando me decías que te gustaban mis ojos verdes y mi pelo negro, recuerdo tu sonrisa cada vez que alguien te saludaba. Siempre irradiabas felicidad, optimismo y euforia. Eso me gustaba de vos, la forma en la que veías el mundo.

—Somos parecidos —comentaste.

—Si yo fuera vos ya me estaría invitando a la casa de tu madre —había soltado de repente.

Rodeaste los ojos por tercera vez en el día.

—Ya te dije que no puedes conocerlos.

— ¿Por qué no?

—Adeline...

—Adam —te interrumpí—. Tú conoces a mis padres, saben de ti. Hace un un año estamos juntos y tu mamá piensa que aún estás soltero.

Hoy en día pienso que era una conversación estúpida. Hoy, mientras te escribo cuando estás muerto, pienso que te tendría que haber disfrutado más. Todos esos momentos y enojos en donde vos eras un misterio sin resolver, y donde yo quería averiguarlo... siempre estuvieron. Pero hoy me doy cuenta de que tú me dabas cosas, me dabas emociones y

sentimientos.

Adam, no sé si tenía que dejar de preguntar y pasarla bien con vos, no sé si tendría que haberme bastado con lo que me dabas. Pero, te juro con lo más profundo de mi ser que, después de tanto tiempo, sigues siendo mi misterio favorito. Porque yo sigo estando despierta por noches y noches, tirada en la cama y preguntándome porqué eras una incógnita. ¿Por qué no podía ver a tu familia, Adam? ¿Por qué nunca vi tu casa? Y sobre todo me sigo preguntando a mí misma, ¿por qué lo necesitabas?

—Adeline, no te voy a mentir —dijiste más calmado—. No tengo una familia loca o con un pasado oscuro, no tengo algo que ocultar. Pero no pueden saber de ti.

— ¿Por qué no?

—Porque yo no lo necesito, y vos tampoco, no ahora —aclaraste—. Algún día entenderás cosas de mí que hoy no entiendes, y yo entenderé cosas de ti.

Adam, me mentiste. De toda esa felicidad y euforia, de todos esos misterios e incógnitas. De todo lo que eras, ahora entiendo que me mentiste. No te entiendo y tú no me entiendes, no lo hacíamos y tampoco lo vamos a hacer ahora.

Pero hoy estoy sentada viendo el castillo de Chenonceau en la comuna francesa, escribiéndote una carta para lograr desatar esa cadena que me une a tu alma, y entiendo algo. Entiendo que, tal vez, no hacía falta entendernos. Tal vez los humanos no tendríamos que hacernos tantos problemas al hablar de parejas. Simplemente disfrutar ese momento porque no sabemos qué va a pasar mañana.

Adam, te extraño. Más de lo que puedas imaginar, más de lo que mis padres puedan imaginar. Más de lo que cualquier persona en la existencia humana se pueda imaginar. Adam, no sabes lo que es tener algo y que eso se vaya. Te quiero abrazar con todas mis fuerzas y nunca soltarte, quiero disfrutarte plenamente. Pero no estás, te fuiste. Te fuiste dejándome con miles de preguntas sin respuestas, te fuiste dejándome con miles de ideas que comentarte.

Tenía planes contigo, Adam. Antes de que te vayas quería salir corriendo y preguntarte si deseabas comer comida extranjera cerca de casa. ¿Te acuerdas? Lo hacíamos todos los fines de semanas. Planeábamos la cita perfecta del domingo después de cinco años juntos, una película y comida japonesa. Me gritabas "¿Qué película?" al regresar del trabajo. Te respondía en el mismo tono la ganadora, te tirabas a nuestra cama y me

besabas la mejilla antes de comenzar nuestro maratón.

Querido Adam, voy a colocar esta carta en la columna favorita de ambos, ojalá la encuentras. Sabes que estoy bromeando, no puedes hacerlo por un simple hecho: estás muerto. Me duele tanto escribirlo, sentirlo. Es como un vidrio quebrándose en mi interior.

No sé porqué hago esto, no sé porqué lo voy a seguir haciendo. Tal vez otra persona encuentre esta carta y la lea, y luego la tire sin sentimiento.

Adam, me rompiste el corazón. No quedé como una niña indefensa, no quedé como una mujer abandonada. Quedé como una chica rota que quiere repararse, y lo voy a hacer.

Hago esto por esa misma razón: tú. Quiero recuperarme, quiero volver a comenzar. Pero no quiero dejarte ir, no quiero olvidarme de tus roces.

No sé a dónde voy a ir mañana, aunque tengo un lugar en la mira. Espero y te guste.

Adam, te prometo que, infinita, solemne y fielmente: siempre, siempre te amaré.

Tuya,

*Adeline.*

# Capítulo 2

**Querido Adam:**

Hoy me llamó mi madre, Adam. Le dije que estaba todo bien, ella piensa que vine a Indre y Loira para despejarme. Claro que es mentira. Sabe que vine por ti, todos lo saben. Menos tú. ¿Sabes por qué no lo sabes? Porque estás muerto. Dejaste el mundo, y a mí dentro. Si mi mamá llega a saber que te estoy escribiendo... realmente no sé qué pensar. Ella me quiere ayudar, al igual que mi papá, al igual que mi hermana.

¿Cómo rayos causaste esto en mí?

En este momento estoy en mi antigua casa, es tan pequeña y acogedora que quiero mudarme aquí nuevamente. Pero luego pienso todo lo que viví, todo lo que sentí aquí dentro es impresionante. ¿Sabes todos los sentimientos que se pueden encontrar en unos ladrillos agrupados? Tantas historias, tanta magia. Y ahora la casa está abandonada, pero todo ese poder sigue dentro.

Elegí este lugar porque es especial, porque me hace recordar a todo lo que amo. Estoy dentro y siento un vacío interior. Adam, ¿sabes que no hay nada peor que sentir vacío en tu interior? Es algo que se esparce, algo que consume a la persona. Y el ser humano tiene que tratar de mantenerse, de neutralizarse.

Cuando entré aquí y me senté en el piso con una hoja y un lápiz este lugar tomó color. Logré ver (recordar) a mi madre entrar a la cocina con una sonrisa y un pastel en las manos. Su cabello corto y sus ojos oscuros me sonrieron.

— ¡No sabes cuánto te extrañé! —había dicho.

Me abrazó tan fuerte que casi me ahogó. Luego entró mi padre y me sonrió de una manera impresionante, haciendo uno de sus chistes y riéndose por el olor a quemado proveniente de la cocina. Y luego entró mi hermana mayor, gritando como loca y admitiendo que me necesitaba un montón. Todos nos sentamos en la mesa y hablábamos, y reíamos.

¿No lo ves, Adam? Yo era una chica corriente, tenía un proyecto y una familia que amaba. Estábamos juntos, éramos uno con la curiosa de mi madre, el chistoso de mi padre y la dramática de mi hermana. Yo (exactamente no sé lo que era) formaba parte de esa hermosa unión. Y entonces tocaste la puerta de mi casa, y yo ahora estoy escribiendo esto.

¿Sabes cómo me sentí? Mi corazón latía con rapidez cuando te abrí la puerta. Y todas esas personas que me importaban te habían mirado, y te habían sonreído. Me sentía tan eufórica, tan alegre. Creía que no necesitaba nada más que ese momento, esas cuatro personas juntas y felices.

— ¿Cómo la estás pasando? —preguntaste cuando nos dirigimos los dos solos a la cocina para lavar los platos.

Y me sonreíste, porque sabías que era importante para mí. Porque sabías que esto era lo único que necesitaba para ser feliz.

—Gracias —murmuré yo.

Y me habías abrazado, sin ninguna razón. Eras modesto, Adam. No te gustaba que hablen de ti como si fueras una persona excelente, realmente no entiendo porqué. Y ahora no te puedo preguntar, Adam. Te fuiste.

Te aceptaron, te lo confieso. Los tres me dijeron que eras genial, sí, esas palabras. A mi padre le caíste bien, ¡y eso cuesta! No sé cómo lo hiciste, ni siquiera sé cómo me caíste bien a mí.

Me acabo de levantar y he ido a mi antigua habitación, sólo hay polvo y paredes. Pero logré recordar todo con mi mente, mi cama, mis libros, mi televisión. Y a ti. Te vi ahí parado sonriéndome y haciendo una broma sobre mis sábanas tiradas. Realmente casi corro a abrazarte, pero me detuve. Adam, me hiciste feliz, pero no me harás una loca. No harás que arruine mi vida por ti, no te lo voy a permitir.

¿Sabes que me gustaba de vos? ¿De nosotros? Nuestra unión me hizo creer en el enamoramiento, el verdadero enamoramiento. Nunca me dijiste "eres mía", nunca te pusiste celoso si un ex-compañero de la secundaria me saludaba. Nunca me prohibiste algo, nunca me dijiste "no hagas esto porque yo lo quiero así". ¿Sabes por qué eso es bueno? Porque tú y yo éramos novios, pero teníamos vidas. Tú vida te pertenecía, mi vida me pertenecía. Yo no era de nadie, ni siquiera era tuya. Y lo sabías.

No eras posesivo, me dejabas respirar aunque te costara una vida. Tratabas de no ser celoso innecesariamente, porque me tenías confianza. Sabías que, si yo me arriesgaba, podría salir perdiendo. Pero me decías que soñara, que vaya por todo.

Era hermoso, Adam, era algo mágico. Algo casi irreal. Una relación que, realmente, tenía amor. Una relación verdadera, sin ataduras, sólo con

amor. Y eso bastaba.

Pero te fuiste, Adam. Te amé y te amo, y te seguiré amando. Pero, realmente, ¿a qué amo? ¿A los recuerdos? ¿A tu alma?

Teníamos una historia, teníamos sentimientos, teníamos algo. Pero el mundo no lo aprobó. No aprobó mi felicidad. Pero tú si fuiste feliz, o eso creo.

Cuando te fuiste, tú no sufriste. Pero yo, tu familia y todo lo que tenías... se quedó. Se quedó en la realidad, se golpeó el rostro contra la vida y derramó una lágrima de dolor.

Supongo que así es la vida, y tú siempre decías que sobrevivir no era vivir. Y quiero vivir, Adam, quiero vivir mi vida a pleno como lo planeé de pequeña, quiero disfrutarla como siempre lo hice. Quiero ser feliz.

Pero el problema es que, cuando era pequeña, no planeé vivir en Indre y Loira, no planeé enamorarme de ti. No planeé que te murieras, Adam. Era una nena, no sabía lo que me esperaba, ahora realmente no me conozco.

Mi hermana me dijo que nosotros teníamos una conexión emocional, algo extraño que no lo creí en su momento. Pero ahora lo creo, y quiero no hacerlo. ¿Sabes por qué? Porque tengo miedo de no ser feliz nuevamente, de no poder construir algo.

Si es que tenemos una conexión, necesito que me escuches, necesito que me leas. Necesito que me respondas. Ahora sé que no lo harás, porque estás muerto. Pero sabes como soy, sabes que me ilusiono fácil. Y por eso que, en lo más profundo de mi alma, tengo una luz. Una luz que cree que lo harás, cree que volverás entre los muertos y me responderás sólo a mí. Absurdo, irreal. Pero lo creo.

Adam, los días se pasan tan rápido. Ahora lo entiendo, ahora entiendo muchas cosas. No sé el significado de la vida, no sé explicar el amor. Pero sé que debo aprovechar, sé que debo disfrutar, que debo crear y ver creaciones, amar y ser amada. La vida trae problemas, y cada vez se hacen más grandes. Quiero solucionarlos, Adam, pero no sé cómo. Y no necesito ayuda, necesito hacerlo yo sola. Necesito salir de todo este desastre y construirme de nuevo.

Sé que querías que yo sea feliz, yo también quiero serlo. Y traté de negarme a ser feliz sin ti, pero sé que deseas que me detenga. ¿De qué?

De hacerme una sola pregunta: ¿por qué?

Y te lo grito, te lo anuncio, te lo confirmo, te lo acepto, te lo reprocho.

Quiero que lo sepas, quiero que lo aceptes, quiero que lo abraces.

Te amo, Adam. Te amo y te extraño, y trataré de dejarme de preguntar "¿por qué?".

Pero te fuiste con misterios sin resolver, con preguntas sin preguntar. Y yo necesito hacerlas.

De lo más profundo, de lo más honesto y de lo más mágico que es mi persona te digo que te quiero nuevamente.

Nos veremos mañana en un nuevo sitio, ojalá no me ponga a llorar en el intento.

Te necesito,

Adeline.

# Capítulo 3

**Querido Adam:**

Decidí que, después de todo, voy a elegir los jardines de Indre y Loira para nuestra tercera carta. Sabes cuanto me gustan y lo enamorada que estoy de esta naturaleza. Ese aroma cuando íbamos por la mañana, y esas fuentes que colocaban en medio de todo ese recorrido... simplemente me encantaban.

¿Por qué lo elegí? Aquí fue nuestra primera cita, Adam.

En unas semanas cumpliré veintiséis, realmente me siento vieja. Y noto como pasaron los años, porque hace bastante tiempo que vine aquí.

Estoy caminando por estas hermosas plantas, y me siento algo abrumada. Te vi ahí a lo lejos; observando el cielo con los ojos entrecerrados, suspirando y luego sonriéndome. Siempre sonriendo.

Eras muy joven, Adam, lo eras. Eras un chico que comenzaba a ver el mundo, y se perdió gran parte de él. Tenías sueños, tenías miedos, tenías preguntas. Pero ya no, todo se esfumó contigo. Y yo estoy aquí, pensándote, soñándote, temiéndote y preguntándote.

¿Recuerdas lo que dijiste mientras caminábamos entre esas bonitas plantas? Pues, yo sí. Lo recuerdo tanto, y con tantos detalles que me asusta.

— ¿Cuál es tu sueño? —pregunté.

Me estabas mirando de reojo con tus hermosos ojos oscuros.

— ¿Eres muy curiosa?

—Usualmente —respondí para que sonrías de lado.

Nunca te lo dije, pero, ¿acaso te puedes imaginar lo que yo sentía por ti? En esos momentos tenía veinte cortos años, Adam, recién cumplidos. Y, para una chica de veinte años, las emociones eran explosivas. Estaba sintiendo el mundo cuando recién te empezaba a conocer. Hacías que me enamore cada vez más con unos simples comentarios, con unos simples gestos.

Me matabas y me revivías, Adam, realmente no puedo explicarlo. Me ponías nerviosa, confusa, exhausta, enérgica y, todas esas cosas y mucho

más, me encantaban. Me hacían sentir adrenalina, me hacían sentir fuera del tiempo y espacio.

Tú no la sabías, no todo. Y yo no tuve la oportunidad de decírtelo, Adam, no tuve la oportunidad de declararme formalmente en años. No sé si en verdad te hacía falta, si nos hacía falta. Pero ahora me siento culpable por no demostrártelo.

—Mi mayor sueño es vivir —habías respondido.

—Lo estás cumpliendo —me encogí de hombros.

—Muchos sobreviven, Adeline, muy pocos viven.

Y me quedé pensando en esa frase y en ti todo el día. Me repetía una y otra vez en mi mente qué rayos tenías que me gustaba tanto.

Y hoy en día te pregunto: ¿qué rayos tienes que me gustas tanto? Porque me encantas, Adam, me tenías y me tienes loca. Hoy en día, a pesar de que estés muerto, te pienso como más que un chico lindo. Pero, te admito que te admiraba como si fueras mi verdadero ídolo.

—Pero, si somos más específicos —seguiste—, quiero tener un auto. Ahorrar y comprarlo yo mismo, mantenerlo yo mismo.

Me parecía algo loco, Adam. De una frase tan particular a ese sueño... era extraño para mí. Pero te fui conociendo, te fui entendiendo a ti y a tu vida lo mejor que pude. Entendí que era una forma de independencia. Tal vez la independencia es una forma de ser libre. Y ser libre trae problemas, pero a ti no te importaba eso, Adam, tú querías ser libre de todo y todos.

Caminaste hasta llegar a una fuente, te sentaste y yo me dirigí a tu lado mientras escuchábamos el sonido del agua. Los rayos de sol chocaron con tu rostro y me sonreíste. Entonces hiciste algo tan extraño que todavía no entiendo: me tomaste de la mano.

No sólo la tomaste como cualquier chico que me la haya tomado, la posaste sobre la tuya y comenzaste a inspeccionarla con tus dedos. La movías en diferentes direcciones y tocabas entre mis dedos como si ellos fueran una obra de arte.

En ese momento me había congelado, pensando que eras un romántico sin remedio, pero me equivoqué. Me fui dando cuenta que tú no eras muy empalagoso, simplemente analizabas mucho las cosas y, si te gustaban, las amabas con tanta fuerza que ni tú lo podías entender.

Adam, eras un chico loco, gracioso, eufórico, analizador y libre. Siempre lo quisiste y sólo yo pude ver que lo eras: eras lo que querías ser. Te fuiste

sin saberlo, sin sentirlo y yo no pude enseñártelo.

— ¿Y cuál es tu sueño? —preguntaste mientras seguías tocando mi mano.

Dejé de ver lo que hacías y vi tu perfil, y te juro por Dios que sabía que me estaba enamorando.

—Publicar un libro —murmuré perdida en tus suaves caricias.

Entonces me miraste y sonreíste.

— ¿Así que tenemos una escritora aquí? —bromeaste.

—¿Qué haces? —te pregunté

Pero no frunciste el ceño, porque sabías de lo que hablaba.

— ¿Con qué?

—Nunca me acariciaron la mano...

—Te voy a decir un secreto —te acercaste y susurraste en mi oído: —me gustan tus manos.

Adam, a ti te gustaba ir a un karaoke y beber hasta cantar todas las canciones de la lista (aún me sigo riendo de eso). Te gustaba trabajar duro hasta conseguir lo que querías, te gustaba impresionar a los demás a tu genial y única manera. Ser libre y disfrutar de las pequeñas cosas, burlarte y reírte con los otros, hacer amigos y bromear todo el tiempo.

Eras un hombre impresionante, te gustaba hacer cosas normales, cosas que no eran perfectas.

No eras un príncipe, no eras un millonario, no eras un romántico de novela ni me salvaste de mi misma.

Eras una persona y me encantabas, me llamabas la atención y con eso me bastaba.

Querido Adam, dejaré esta carta en la fuente.

¿Sabes por qué? Fue ahí donde nos besamos, fue cuando tuvimos un pequeño accidente: nos enamoramos.

Te extraño con una sonrisa en el rostro,

Adeline.

# Capítulo 4

**Querido Adam:**

¿Alguna vez tuviste momentos incómodos? Claro que sí, yo he estado ahí. Pero hay momentos que no son sólo incómodos para ti, sino para la otra persona.

Un tal Eric me mandó un mensaje hoy, era un chico de la secundaria que nos conocía, ¿lo recuerdas? Yo sí, le habías caído bien. Es por eso que hoy me mandó un mensaje preguntándome cómo estabas, Adam.

Y te juro con mi vida que yo también me hago esa pregunta: ¿cómo estás, Adam? ¿Dónde estás? ¿Dónde te fuiste? Por lo menos, ¿estás en algún lugar?

Le dije que estabas bien, pues no podía decirle "muerto". Me rompería más el corazón a mí que a él.

¿Cómo le explicaría que no estás? Ni siquiera yo lo sé.

Adam, estoy en el centro de la ciudad, caminaba un rato y mientras veía unos negocios. Me paré hace poco para sentarme en un banco, y me di cuenta de algo un poco confuso: era el mismo lugar en el que me senté hace casi dos años atrás.

¿A caso te puedes imaginar mi sensación? ¿Ese escalofrío recorriendo mi columna mientras te sentía a mi lado? ¿Recuerdas por qué nos sentamos aquí? Porque yo sí.

Habíamos llegado de una fiesta y faltaban varias cuadras para llegar a casa. Eran las cinco de la mañana y yo estaba con unos tacones de quince centímetros, molesta contigo y con el mundo. Y tú, Adam, me seguías a pasos largos tratando de disculparte.

—Adeline —me llamaste por enésima vez desde que salimos de la fiesta en la casa de Elizabeth.

Las calles estaban desiertas totalmente, pero yo me sentía tan abrumada que parecía que estábamos en pleno mediodía.

—Vete a la mierda —salió tan rápido de mi boca que me sentí otra persona.

— ¿Salió la americana Adeline? —bromeaste.

Había parado de caminar y te miré furiosa: realmente quería estrangularte (juro que lo imaginé).

—Está bien, perdón —sonreíste.

No sé si estabas ebrio o simplemente alegre por un par de copas, Adam, pero realmente no estabas solucionando las cosas. Seguí caminando a unos metros de ti.

— ¿No quieres hablar? —insististe.

— ¡Cállate!

— Pero, ¡¿qué hice para que te pongas así?! —reíste.

Fue entonces cuando paré justo en el banco en donde estoy sentada dos años después, viéndote realmente molesta. Me acerqué furiosa a ti mientras me quitaba los tacos. Me acerqué tanto hasta el punto de estar pegada, pero me mirabas desde arriba cuando ya estaba descalza.

— ¡¿Qué hiciste?! —pregunté irónica—. ¿A caso tengo cara de imbécil como tu amigo?

— ¡¿Qué hizo Bill para que te enojes con él?!

Me alejé un poco para tomar mis zapatos mientras tú te quedabas mirándome.

— ¿Qué hizo? —reí—. Te preguntó cuándo yo aceptaría que salgas con tus amistades. ¿Quién rayos pregunta eso en frente de la persona?

— ¡¿Y yo qué tengo que ver?! —preguntaste alzando los brazos.

— ¡Dijiste que nunca porque era muy celosa! —grité mientras trataba de acercarme a ti—. ¡Me hiciste quedar como una novia psicópata! —me quejé—. ¡Me dejaste ver como una pobre idiota mientras todos se reían de mí!

Y en ese momento rodeaste los ojos, haciéndome estallar de la ira y nervios. Adam, sabías que yo no era buena peleando. Pero lo que no sabías era cuantas cosas decía mientras lo hacía.

—Fue sólo una broma —reíste.

Abrí mucho los ojos y te empujé levemente.

— ¡Por supuesto que no lo era! —desmentí—. Sé cuando bromeas y cuando no, sé cuando quieres decir algo y tratas de encubrirlo —hablaba rápidamente—. ¡Y yo sí te dejo salir con tus amigos! Sabes lo que lograste, ¿eh? ¡Hiciste que todas sus novias de cuarta se estén riendo de mí ahora!

— ¡¿Y eso te interesa?! —estallaste tú—. Porque la chica que conocí hace unos años no le importaría.

— ¡Pues te confundiste! —mentí—. Me interesa, y mucho. ¡Y más cuando mi novio sigue su broma!

Adam, ¿te cuento un secreto? No me interesaba, no me interesaban esas chicas ni tus amigos, me interesabas tú. Lo único que me molestaba eras tú, riéndote de algo que no era cierto, de algo que yo nunca dije. No eras perfecto Adam, lo sabía, lo sé. Pero, en ese momento, pensaba que eras un imbécil. Me molestaba que me des indirectas, acertijos; y que yo tenga que adivinar el problema.

—Bueno, ¡perdón! Adeline, sólo fue una broma...

— ¡Eres un idiota!

— ¡¿Por qué?!

En ese momento estábamos gritándonos en una calle a las cinco de la mañana, cara a cara. Yo estaba descalza y tú tratando de sujetarte los pantalones cuando perdiste tu cinturón.

— ¡Porque no me dices lo que quieres! —en ese momento cerraste la boca—. Quieres salir, quieres festejar con tus amigos un logro y no me lo dices. Quieres ir y renunciar a tu trabajo y no me lo dices —musité—. ¡Seguramente ya no me quieres y no me lo dices! ¿A caso piensas que no noto tu rostro cansado por las noches? ¿No noto tus gestos cuando me compro una blusa nueva? ¡Vamos, Adam! Ven y dime en la cara que eres infeliz conmigo y que ya no soy tan graciosa como antes, dime que ya no soy la chica de veinte años que conociste

Adam, te juro que pasaba noches en nuestra cama dando vueltas y preguntándome si yo realmente te gustaba. Mi inseguridad se apoderaba de mí, y yo no te lo iba a decir, pero en ese entonces yo ya había explotado, y ni tú me podías calmar.

— ¿Eso es lo que crees? —gritaste en el mismo tono que yo—. ¿Crees que yo soy el malo de todo esto? ¿Me enojo porque te compraste una jodida blusa con tu propio dinero? —entrecerraste los ojos en mí—. ¿Tan bajo caí

para que me veas de esa manera?

En ese entonces ya tenía un moño rápido en el pelo y los zapatos en mis manos. Y estaba como loca, más de lo normal.

— ¡Es lo que siento! —admití—. Siento que ya no nos decimos todo, que ya no somos como antes...

— ¡¿Y cómo éramos antes?! —interrumpiste.

— ¡Felices! —grité.

Entonces te callaste, y me miraste con un brillo en los ojos.

—Eras feliz, Adam —murmuré mientras me encogía de hombros—. Y siento que ya no lo eres a mi lado.

Me habías observado unos largos segundos mientras yo me sentaba en el banco. Suspiraste y te sentaste a mi lado. Adam, éramos dos locos sentados en el centro a las cinco de la mañana. Recién llegados de una fiesta, una pareja de idiotas discutiendo a los gritos.

— ¿Realmente sientes que no soy feliz? —preguntaste a mi lado mientras ambos mirábamos la pared.

—No lo sé —me encogí de hombros y te miré de reojo—. ¿Tú lo sientes?

No te diste cuenta, pero yo siempre tenía ganas de llorar en las peleas, y esa no era una excepción. Quería largarme a llorar sin razón y siempre me contuve.

— ¿Tú eres feliz a mi lado? —ignoraste mi pregunta.

Fue entonces cuando te miré a los ojos y temblé de pies a cabeza. Si alguna vez dudaste de mis sentimientos hacia ti, te juro que no tenías porqué hacerlo. Te amaba y te amo, Adam, no sabes cuanto lo hacía. Y ahora me odio por no habértelo demostrado en su totalidad, me odio por haberte dado esa duda.

—Pregunté primero —respondí con la voz cortada.

—Sí —asentiste—. Soy feliz a tu lado, Adeline, desde el primer momento fui feliz y lo voy a ser —me sonreíste—. Puedes comprar mil blusas y lo solucionaremos. Lo siento, ¿sí? Pero jamás dudes de mi felicidad.

Y te besé, no te respondí, simplemente te besé. Tomé tu rostro y lo

acerqué al mío, presioné nuestros labios con una sonrisa en ellos.

Adam, no te imaginas el lío que hay en mi cabeza en estos momentos. Me siento tan sola en el mundo. Te veo en todos lados: en el baño, en la cocina, en la cama. Te menciono inconscientemente todos los días, luego caigo en la realidad y me digo a mi misma que te moriste.

Porque sí, Adam, estás enterrado y tu alma no está aquí. Pero está la mía, todos la ven y piensan que está bien, pero está rota. Está despedazada y casi desaparecida, porque te llevaste gran parte contigo.

Era feliz, era increíblemente feliz. Siempre lo fui, de hecho. Tenía momentos de tristeza, sí, pero mi felicidad siempre estaba presente. Pero ahora perdí a alguien, ahora te perdí a ti.

Y no estoy lista para dejarte ir.

Dejaré esta carta en el banco, Adam, ojalá alguien la encuentra y la rompa para no leer mis sentimientos más profundos.

Siempre fiel,

Adeline.

# Capítulo 5

Querido Adam:

Me acuerdo perfectamente lo que hicimos luego de nuestra pequeña pelea: nos dirigimos al centro. Sabía que te encantaba, tu rostro al observar todas esas construcciones y ese brillo en los ojos al analizar a todas las personas allí. Tenías emociones, tenías sueños. Y ya no están, se esfumaron contigo cuando te fuiste, Adam, ya no hay brillo en los ojos, ya no hay esperanza. No hay nada.

Pero hay recuerdos y, sé que no puedo vivir de ellos, sí que me hace sentir bien. Me hacen pensar que todo está como antes, todo está excelente. Y no es verdad; es toda una ilusión, una tremenda farsa que me juega mi mente.

Nos habíamos parado frente a una florería, observamos el enorme jardín detrás sin tomarnos de las manos. ¿Sabes por qué comento eso? No es que me interesara o algo por el estilo, pero es algo que me decía mi hermana:

—Ustedes son raros —había reído ella—. Se hacen bromas, pero no son tan demostrativos… son geniales.

—Tal vez bromear es nuestra forma de demostrar —sonreí.

Contigo entendí que no era necesario tomarte de la mano, entendí que no era necesario aferrarme a una persona y no pensar en mí. Entendí que lo único que hacía falta es un sentimiento: el amor. Es como un combo, todo lo necesario está incluido en él. A mí me bastaba tu mirada, tu diversión y optimismo, tus bromas, tus preguntas.

En ese tiempo yo estaba un poco mal y lo sabías. Siempre estaba imaginando en qué pensarían las editoriales sobre el libro que mandé, y tú me sonreías y tratabas de tranquilizarme.

—Eres fuerte, Adeline —asentías—. Si no te aceptan son unos idiotas.

No sé si lo pensabas de verdad, Adam, pero no lo soy. No sé si soy fuerte, no sé si soy débil. No me quiero limitar a significados que no dicen nada, quiero ser más. Quiero expandirme, porque me siento como una montaña rusa; voy rápido y cuando paro, todo da vueltas. No sé que soy, no sé qué pasa.

—Seguro —murmuré yo observando perdidamente unas rosas.

Adam, no me fascinan las flores. Sólo me gustan, tampoco serían mi regalo ideal. Pero, al ver ese ramo, me sentí yo, me vi a mi misma. Extraño, lo sé, pero sucedió. Y tú, de alguna forma, lo sabías.

— ¿Te gustan? —preguntaste.

—Sí —asentí mirándolas fijamente.

Estaba perdida en unas hermosas flores, en un hermoso ramo.

Y estaba perdida en ti. Estaba loca pensando en tu cabello, en tus ojos, en tu sonrisa, en tu voz, en tus ideas, en tus expresiones alarmantes. En todo lo que tenga que ver contigo. Me hacías vibrar, me hacías pensar más allá de la lógica y la realidad.

Y te fuiste, todo eso muerto, sin vida en el mundo. Pero como una luz brillante en mi alma.

Todavía brilla, Adam, brillas más que nunca en mi interior. Pensaba que iba a ser un dolor efímero, pero me equivoqué. Siento a mi corazón desgarrarse y tú lo miras, y no puedes hacer nada. Y yo no derramo ninguna lágrima, tratando de ser algo sin significado. Tratando de ser una novia sin novio, pensando en mí.

Te juro que lo haré, Adam, mejoraré. No me hundiré, y no lo haré por ti. Tú me conocías, sabías que yo iba a pensar en mí y no me dejaría consumir.

—Pues, hay que comprarlas —dijiste con una sonrisa.

No esperaste mi respuesta: fuiste y compraste el ramo entero. Me asombré de tu reacción, no porque fueras tú o algo extraño, sino porque nunca lo pedí. No pedí que me compraras un ramo de rosas Adam, no pedí que seas el hombre perfecto. Y tú fuiste y lo intentaste.

Eras asombroso. No eras un artista o el chico de ensueño, no eras un chico decente que le gustaba beber té. No eras un chico malo que le gustaba romper corazones, ni un filósofo incomprendido.

Tú simplemente tenías sueños y metas, tenías esperanzas en el mundo y un buen sentido del humor.

Y no estás.

Estoy en la florería donde las compramos, Adam. No sé dónde quedó nuestro ramo, seguro murió contigo. Y es por eso que voy a entrar temblando y buscar otro igual. Mañana me atreveré a ir contigo y regalártelo.

No me permitiré llorar, no en frente de alguien. Porque, ¿acaso saben lo que es tener algo de esperanza y que se vaya? ¿Tener una ilusión, un poco de luz, y que se vuelva oscuridad? Y, no sólo que sea oscuridad y me miré, sino que se vaya, que se aleje.

Amas algo de una manera irreal, de una manera que nadie más comprende. Y se va. Se aleja, te dice que lo sigas, pero te quedas. Te aferras a algo, te aferras a la vida, te aferras a ti.

Y lo ves alejarse, sientes que su alma se despide de la tuya y tú suspiras pesadamente al notar que ya no hay nada.

Nada. ¿No te da miedo esa palabra, Adam? Porque a mí sí. Es tan grande en mi imaginación que puede llegar a ser un temible monstruo.

Imagínate una nada. Sin mundo, sin sistema solar, sin galaxias ni espacio. Sin un color que lo describa y ni un alma rondando en soledad.

Y entonces caigo yo. Caigo y caigo y no logro tocar nada, porque no hay nada.

Ni siquiera estás tú.

Dejaré esta carta dentro de la florería, y tengo el presentimiento de que alguien la leerá.

Y ese no serás tú.

Siempre con amor,

Adeline.

# Capítulo 6

**Querido Adam:**

Hoy caminé con un ramo de rosas en la mano, yendo hacia el cementerio. El cementerio donde tú estás.

¿Sabes cómo se siente que todos te miren con una sonrisa, pensando que esas rosas eran para vos misma? ¿Pensando que eran un regalo para la dulce chica que caminaba con tranquilidad? Claro que no, porque tú nunca tuviste que darles flores a los muertos, Adam, yo te las entrego a ti.

Entré al cementerio y una sensación extraña invadió mi ser. No sé qué era exactamente, sólo sé que iba a salir cambiada de allí. ¿Por qué? Porque era la primera vez que pisaba un cementerio, y lo hice sola. Caminaba entre los muertos, caminaba entre miles de vidas terminadas. Entre miles de historias y sueños, de proyectos y de secretos. Entre personas que habían cerrado sus ojos para jamás abrirlos de nuevo.

Nunca te lo dije, pero una compañera de secundaria me había dicho algo extraño que siempre me perturbó en las noches de insomnio:

—Te estás muriendo, Adeline —se había encogido de hombros—. Desde que naces tienes un tiempo, tan corto que te asombras. Y aunque tengas uno, dos o cuarenta años... siempre te estás muriendo. Cada día que pasa eres más vieja, cada día que pasa pierdes tiempo. La batería se acaba, tu mundo se acaba, como el de todos.

Adam, no sabes cuánto pensaba en eso. Tuve un año de rutina, ¿sabes lo que es soportar todos los días lo mismo? Sin nada que hacer, sin nada nuevo más que trabajar y trabajar sin reírme. Fue un año que desperdicié totalmente, pero me hizo entender algo: tienes que levantarte. Hay que caminar, ir a un lugar que nunca fuiste y gritar alguna estupidez. ¿No tienes dinero? Ve y haz algo que no te atrevas. Pues, ¿por qué no atreverse? ¿Qué pasa si te juzgan? ¿Qué pasa si alguien se entromete en tu vida?

Tú lo hacías, Adam… te costaba, pero lo hacías. Ibas y evitabas meterte en la vida de los demás. Y si alguien se metía en la tuya, lo ignorabas totalmente. No sé qué fue lo que te llevó a vivir de esa manera tan única. En realidad, no sé si era única, sé que, simplemente, vivías;
no sobrevivías.

Es por eso que estoy en el cementerio, trayéndote un ramo de rosas: porque estoy haciendo algo que nunca hice. Repito: nunca entré a uno, y

no sé si fue una experiencia memorable, una que me hizo sentir viva y con ganas de cumplir mis sueños. Sólo sé que me atreví, me atreví a ver una lápida con tu nombre, me atreví a imaginarte con los ojos cerrados y la piel blanca dentro de un cajón.

Y me atreví a estar más cerca de tu cuerpo de lo que estuve en un año.

No quiero que te sientas orgulloso de mí, no quiero que pienses que soy una pobre mujer entregándole flores a su difunto novio (aunque sé que no lo pensarías así). Yo no quiero que pienses, sólo quiero que te acerques al ramo y las huelas. Y recuerdes cuando compramos esas rosas que yo sentí que era... yo misma. Y luego quiero que te rías. Quiero que te rías tan fuerte hasta que ese sonido llegue a mis oídos y yo me paralice de la emoción.

¿Sabes por qué quiero todo eso? Porque te quiero recordar, te quiero tener conmigo y verte una vez más. Quiero que sepas lo mucho que te extraño y lo rota que puedo llegar a estar.

En este punto estoy llorando, Adam, es extraño porque no lloré en tu velatorio. Recuerdo como todos estaban ahí: Elizabeth, nuestros amigos, mi familia y unos conocidos. Todos decían palabras o lloraban. Entonces me tocó a mí ver tu cuerpo sin movimiento en un ataúd, sin guiñarme un ojo o saltando y gritando que todo fue una broma.

Sólo te vi, Adam, te miré y no pude permitirme no recordar tus momentos. Cuando reías y hacías reír, cuando cocinabas mal o mirabas basketball. Y también te recordé llorando, hablando de tus sueños o de algún tema que te daba mucha bronca e impotencia.

Yo parecía la muerta: a mí se me pasó toda tu vida por delante.

Sé que sonó egoísta, o sea, yo no estuve ni en la mitad de tu vida. Sé que tenías familia, tenías amigos y cosas que te inquietaban y nunca me las decías.

Adam, tenías una vida y ya no. Y así es la naturaleza, ese es el ciclo al que pertenecemos todos. Es por eso que mi padre siempre decía:

—No podemos insultar a nadie por lo que es, después de todo, las personas somos lo que decidimos en vida. Pero todos nacemos y morimos, no importa el dinero que ganaste en toda tu vida. Naces y terminas como cenizas o bajo la tierra, es la realidad.

¿Sabes que duele? Duele saberlo, y duele muchísimo más entenderlo.

Los chicos, nuestros amigos, me contaron que vinieron hasta tu tumba y te compraron flores artificiales. Las vi, están muy bonitas. Aunque, hay

algo curioso: también vi flores comunes y un poco marchitas.

No sé cómo tu familia se enteró de tu muerte, nadie pudo contactarlos. Sólo sé que vinieron hasta aquí para visitarte.

Con amor,

Adeline.

# Capítulo 7

**Querido Adam:**

La nota anterior la dejé en el cementerio, supongo que no lo sabrás porque estás muerto. Pero, me parece que la séptima carta merece más esmero de mi parte. Elegí un momento algo especial para nosotros, aunque tal vez sólo yo pienso que es especial. Escogí la fiesta de antifaces en la casa de Elizabeth.

Me estoy riendo en este momento, fue una gran noche Adam. Recuerdo lo que me dijo mi amiga castaña en ese momento:

—Consiste en elegir un antifaz y colocarte otro nombre, la idea es hablar con las personas invitadas sin saber quiénes son —sonrió—. Pueden hablar con nosotros o no, nunca lo sabrán —dijo dramáticamente misteriosa.

Ella estaba realmente emocionada por la idea, y yo también. No era algo muy original, pero nunca habíamos hecho eso. Entonces tú y todos aceptaron, y nos cambiamos por separado, entramos por separados sin saber con quién hablábamos.

Bajé con mi antifaz beige puesto, algo ansiosa por lo que iba a pasar. Voy a serte sincera, Adam: me imaginaba una noche de ensueño contigo. Tú me hablarías como si fuera un extraño, yo también, y bailaríamos una canción lenta: yo con mi bonito vestido y tú con tu hermoso traje. Y, al terminar la fiesta, ambos nos dirigiríamos a nuestra casa y no preguntaremos si nos fue bien. Pero, muy en el fondo, ambos sabríamos que éramos nosotros y no otra persona.

Pero eso no sucedió, tú encontraste a tus amigos y yo encontré a Elizabeth. Cuando comenzaron a pasar canciones lentas, bromeé con ella haciendo que bailábamos tango. Y tú te habías ido al baño.

Entonces, ¿por qué esa noche tan común fue especial para mí?

Supongo que lo es porque me di cuenta de que, a veces, la vida no es un cuento de hadas. Tú no eras el primero y no serás el último. Ahora lo sé, ahora entiendo todo. Me di cuenta de que eras especial pero las cosas eran complicadas, complicadas porque nosotros las queríamos así.

Recuerdo que, al llegar a casa por separado, tú ya estabas sentado en la

cocina bebiendo café. Me sonreíste y preguntaste:

— ¿Así que eras la del vestido azul?

Me miré el vestido y a tus ojos marrones, y luego asentí indiferente.

—Sí —miré el antifaz en la mesa—, ¿y tú el de la máscara roja?

—Antifaz —reíste.

—Lo sé —asentí.

Supe que no te podía culpar por no tener mi cuento de hadas. Supe que, después de todo, uno se tiene que hacer cargo de sus acciones. Fue entonces cuando te paraste y nos quedamos viendo a los ojos un largo rato.

Adam, gracias por no darme una vida perfecta, gracias por no darme una noche de cuentos, gracias por hacerme realista en muchos sentidos.

—Te extrañé —dijiste con una sonrisa.

—Ambos sabemos que no es así —reí.

—Es verdad —te mordiste el labio—, me descubriste.

Te tiré mi antifaz con una sonrisa en el rostro.

— ¿Quieres ir a dormir? —preguntaste.

—Sabes que no.

Esa noche no bailé un lento contigo, tampoco me fui huyendo a las doce de la noche. No fui una princesa ni me convertí en hada. Fui una chica que cayó en la realidad, dándose cuenta de que no es tan mala. Sino que, simplemente, hay que encontrar el lado divertido a las cosas.

Riéndome,

Adeline.

# Capítulo 8

**Querido Adam:**

Quiero que recuerdes el paseo en canoa, porque yo sí lo hago. Me habías estado insistiendo con ir nuevamente al castillo de Chenonceau, y yo no tenía ni las mínimas ganas. Pensaba que era algo inútil ir nuevamente, ya lo habíamos visitado. Pero insististe e insististe… y yo terminé aceptando.

Y cuando llegamos te quise abrazar.

—Muchas veces recorrimos el castillo —habías dicho—. ¿Por qué no hacerlo por el agua?

Alquilaste una canoa para pasear por el lago y admirar el castillo desde allí. La idea era genial, Adam, tú tenías ideas geniales. Las renovabas una y otra vez, sorprendiendo a todas las personas a tu alrededor.

Cuando te conocí no me lo esperaba así realmente. Eras un chico como todos, veías partidos y te gustaba beber lo común. Pero eras la clase de persona que te movía el mundo con unos suspiros. Y a mí no sólo me lo movías, sino que me lo sacabas y ponías otro nuevo. Me sacudías completamente, todas las veces que te veía, todas las veces que hablabas.

—Nunca me subí a un barco —sonreí yo.

—Es una canoa —corregiste y me miraste—. Si no quieres está bien —asentiste.

Entonces yo te sonreí y tomé mi chaleco, acercándome al lago. Hoy en día sigo pensando que tú tenías más miedo que yo cuando comenzamos a remar.

Pasamos debajo de las hermosas columnas del castillo de Chenonceau mientras aspirábamos ese bello aroma del agua y el invierno.

Era naturaleza y tranquilidad pura. Hablábamos, reíamos y nos silenciábamos. Esos silencios en donde te miraba mientras observabas el paisaje, en donde yo creía que eras mi paisaje. Adam, no sé si para las personas eras lindo o un dios griego. No sé si podrías trabajar de modelo o si venderías más con tu imagen. Pero para mí no eras lindo, eras hermoso. Lo vi cuando me hablaste, lo vi cuando tenías ese brillo en los

ojos, lo vi cuando te fui conociendo cada vez más.

Eras una obra de arte a mis ojos, retratada por una persona desconocida que la hizo para que todos la contemplemos. Sabes que amo los cuadros, pero lo que más amo es lo que trasmiten. Y tú me transmitías tantas cosas, cosas inexplicables.

Y, después de todo, sigues siendo mi obra de arte favorita.

— ¿Qué? —preguntaste con una sonrisa al notar que te miraba.

—Me gusta tu nariz —admití mientras elevaba las comisuras de mis labios.

Alzaste ambas cejas, y nunca llegaste a saber lo que me provocó esa acción.

—Ah, ¿en serio? —reíste—. Es el cumplido más extraño que me hicieron.

—Me gusta hacerte cumplidos —me encogí de hombros.

Y te reíste. Nunca le hice muchos halagos a los chicos, ni siquiera a mis ex novios. Pero contigo... contigo era inevitable.

En ese momento yo fruncí el ceño.

— ¿Qué pasó? —preguntaste.

—Dos años —murmuré.

— ¿De qué? —entonces tú habías fruncido el ceño.

—De que somos novios, ya más de dos años.

Te quedaste pensando unos segundos y asentiste. Me hubiese encantado y encantaría que me dijeras que estabas pensando. ¿Yo te aburría? ¿Yo te molestaba? Aunque no hacía falta, yo necesitaba saberlo. Necesitaba saber si te impedía algo, si estorbaba o si estabas enojado conmigo.

Y ahora sé bien que, si me lo hubieses pedido, yo me hubiera alejado. Pero entonces murmuraste:

—Yo no lo puedo creer —me miraste a los ojos—. Te amo —dijiste de la nada.

Soy una chica que espera mucho de los demás, y es un gran error. Entonces me había decidido a no esperanzar mucho a mi alma, pero

siempre tenía esa chispa por encender.

Y la encendiste en ese momento. Ya me lo habías dicho, pero a veces se necesita mirar fijamente a una persona y confesarse sin pudor. A veces es lo que mantiene el fuego encendido, a veces lo único que lo mantiene prendido es el verdadero amor. Y no se necesita más.

Adam, si tú me lastimabas yo lo haría el doble. Sabías que yo sería fuerte, de rata pasaría a león en mis malos momentos. Pero no sabías que, cuando estaba sola, podía ser realmente sensible.

Soy sensible, Adam, tan sensible que, si me tocas, me rompes. Pero, después de todo, parecía una roca que no sería menos que nadie.

Y es por eso que no lloré, simplemente te sonreí de todo corazón y te respondí de la forma más sincera en mi mundo.

Te amo,

Adeline.

# Capítulo 9

**Querido Adam:**

Decidí que en esta carta no te mentiría, diría lo más profundo de mi alma. Porque, después de todo, ¿cómo mentirle a un muerto?

Estoy en un cine común y corriente, creo yo. Aunque no te mentiré sobre lo especial que es para mí. Y no sólo esa pantalla y todas esas sillas, no, claro que no. Es la plaza fuera, el aroma, las historias, el aire que se siente al entrar. Tantas cosas que forman un conjunto, un conjunto que me trae sensaciones.

¿Recuerdas la primera película que vimos aquí? Yo no. Sí, soy una pésima novia. Pero si recuerdo lo que me dijiste:

—Amo el cine antiguo —soltaste de la nada con un brillo en los ojos—. Es tan especial y genial, es como ver a unos autos correr tan rápido que te agarra un escalofrío en la espalda.

Reconozco esa sensación, esa que te hace saltar de un temblor con una sonrisa en el rostro, esa que te hace pensar que todo es un momento único e inigualable. Y tú lo decías como si fuera tan especial, algo tan perfecto que hace que exista la perfección humana.

Pero entonces yo dije:

—No me gusta el cine antiguo —me miraste a los ojos, haciendo una mueca dramática—. Me parece muy aburrido.

Una persona normal te mira como si fueras un extraterrestre, pero tú sólo te encogiste de hombros y reíste.

—Nadie es igual a nadie.

Adam, ¿sabes que tengo un don? Veo lo bueno de las personas, esa cosa que los hace diferente y les da un motivo para ser como son.
Me gusta observar y ser intuitiva, me gusta sacar a las personas de lo ordinario. Y tú eras ordinario, un chico que podía encontrar en la esquina de mi casa si yo lo quisiese. Pero entonces ese don saltaba a la luz, y entendía que tenías tus razones. Que no sólo eras el chico de la esquina, sino que eras el chico de tu esquina. Eras una persona común que sólo tenías que cavar un poco para encontrar al verdadero Adam.

Y entonces me dispuse a ver una película antigua, no me gustó. Y te lo dije, te reíste; pero lo aceptaste. Me aceptaste a mí y a mis manías, como yo te acepté a ti y a tus películas. Y me encantaste, me encantas y me encantarás para siempre. Sí, he dicho para siempre. Soy una chica tan ilusa, tan idiota, ¿verdad? ¿Lo crees?

Pues, yo no. Yo creo que el humano tiene algo, una pequeña luz que brilla en su interior, que brilla tanto que es imposible que sólo se extinga. Y esa cosa te mantiene vivo, me mantiene viva. Hace que me ilusioné y sueñe, y sí, me caeré tanto que tendré un ojo morado, pero soy una persona viva. Viva porque creo, porque tengo esperanzas, porque cuestiono, porque no me conformo con la realidad, porque no me resigno. Porque, simplemente, no puedo estar atada.

Y ahora entiendo cosas que no entendí hace años. Y entenderé cosas que no entiendo ahora. Pero, ¿qué es entender, Adam? ¿Una persona es capaz de entender algo? ¿Puede entender la creación del mundo, el origen del amor, la tristeza de una persona, la mente de un ser humano? ¿Siquiera podemos explicar algo con unas simples palabras? Y ahí otra cosa que no entiendo y jamás entenderé. Porque, creo yo, que la acción entender es subjetiva, casi mentirosa. Pero la seguiré utilizando porque quiero y me siento viva al hacerlo.

Y como me decidí a no mentirte, te diré algo que ni yo entiendo: estoy enfadada contigo. No sólo eso, también estoy furiosa, enojada y todos los adjetivos malos que se te ocurran. ¿Sabes por qué? Porque te fuiste, y sé que no es tu culpa, sé que tú no lo decidiste. Pero lo estoy, Adam, estoy tan molesta que te podría matar nuevamente.

Porque dos personas se amaban, y la injusticia del mundo no lo permitió.

Te fuiste sin siquiera decir adiós. Y ahora entiendo que significa eso. Porque sientes que necesitabas un abrazo, una palabra, un consejo o una simple sonrisa. Lo necesitas para seguir adelante, necesitas estar preparado.

Adam, ¿tú estabas preparado para morirte? Te lo pregunto sin tabúes, te lo grito hasta quedarme sin aliento. ¿Estabas listo para irte de este mundo? ¿Creíste necesario no cumplir todos tus sueños, todas tus metas? ¿Se supone que entendiste el sentido del universo? ¿Se supone que la palabra entender es real?

Porque, Adam, parece que estabas preparado para enfrentar todo eso. Y no sólo me molesta que te hayas ido, así como así, me molesta que tú hayas estado más preparado que yo.

Porque, si me hubieses dejado por falta de amor hacia mí, lo hubiese entendido. Si te hubieses largado por decisión propia, lo hubiese

aceptado. Si me hubieses lastimado tanto engañándome, yo estaría feliz de no estar con un inútil.

Pero no fue así: tú no eras un inútil y no te fuiste por cuenta propia. Te llevaron y tú te alejaste con ellos, y dejaste a todos los demás en vida, para que pensáramos en ti. A tus amigos que no conozco, a Elizabeth, a mi familia, a mí. Y me molesta más que tú seas tan bueno y que, seguramente, estés sufriendo también.

Adam, deja de ponerte mal por irte. Deja de sentirte culpable, aunque yo haga parecer que lo eres. Sólo soy una chica que perdió a su novio.

¿Sabes lo que más me molesta?

Que ya no te siento como antes, siento que ya te has ido. Y realmente lo has hecho, no fue como en los primeros días que te sentía tanto que me agobiaba, hasta aparecían alucinaciones.

No, ahora sé que esto es real, ahora sé que no es una larga broma. Sé que ya no estás, no en este mundo.

Adam, quiero una señal, esa que me dé esperanzas del universo. Quiero sentir tu toque una vez más y dejar de sentirme enfadada.

Porque, lo único que mantiene vivo a una persona es esa luz. Esa luz y los recuerdos de las personas.

Miraré una película y dejaré esta carta en una de las butacas. Seguro no vendrás, y lo peor es que me estoy acostumbrando a eso.

Para siempre,

Adeline.

# Capítulo 10

**Querido Adam:**

No quería llegar al final de las cartas, Adam, realmente no quería. Que te hayas ido y yo tratando de escribirte, de comunicarme contigo... era como si vivieras realmente. Porque una cosa es romper con alguien y otra es que ese alguien ya no esté en el mundo de los vivos. Y escribirte estas cartas era como que estuvieras aquí, y si dejo esto voy a caer en la realidad. Me voy a dar cuenta de que realmente te fuiste, de que ya no hay forma de que estés.

Pero voy a ir al lugar en donde comenzó y terminó todo: el bar en donde trabajabas.

Mi madre me había dicho que tenían una excelente atención y buena mercadería, acepté ir con Elizabeth, pero ella no quiso. Entonces fui sola, yo y mi computador para seguir escribiendo. Y te diré la verdad: el café era horrible y la torta me empalagó. Y tú trabajabas ahí, pero yo no lo sabía, ni siquiera me atendiste.

¿Recuerdas qué pasó cuando se volvió de noche y tú y yo salimos fuera del bar? Había un espectáculo callejero de payasos. Yo no era fan de esas cosas, y tú tampoco. Sin embargo, ambos fuimos con toda esa gente a ver qué pasaba. Te colocaste a mi lado y ninguno de los dos nos prestamos atención.

¡Qué extraño! ¿Verdad? Éramos dos personas viendo un espectáculo callejero, que sin querer se rozaron los hombros, pero no sintieron nada. Estábamos parados uno al lado del otro riendo como si nada, tan ilusos, tan ingenuos. Yo no sabía qué me iba a enamorar de ti, tú no sabías que tus ojos marrones iban a brillar un poco más. Ninguno sabía que, casi seis años más tarde, yo te estaría escribiendo esta carta luego de tu muerte.

Entonces uno de los payasos nos vio y nos señaló, nos tomó de las manos y casi nos obliga a formar parte de su espectáculo. Lo recuerdo, mi vergüenza y la tuya era infinita.

Y lo más interesante es que tú me miraste, yo te miré, pero no sentimos absolutamente nada. Éramos dos personas en un juego de payasos, no sabíamos nuestros nombres y no fue amor a primera vista.

Al ver tus ojos los vi tan simples que no me interesaron en lo absoluto, y

tú me viste y seguro pensaste lo mismo.

Entonces el espectáculo terminó, yo me iba a ir luego de hablar con uno de los payasos. Y luego entraste tú a la conversación. Adam, no sentí mariposas y menos me esperaba que fueras el amor de mi vida. Simplemente te vi ahí parado, bromeando conmigo y con un payaso. Y cuando se fue este último, nos miramos a los ojos sin saber que iríamos al castillo de Chenonceau juntos, sin saber que hablaríamos en una fuente, sin saber que pelearíamos en una banca a las cinco de la mañana, sin saber que te presentaría a mi familia y sin saber que estarías muerto años más tarde.

Y también recuerdo que pasó un tiempo después, hace un año. Yo había logrado obtener la aceptación de una editorial, ¿entiendes eso? ¡Iba a publicar mi primer libro! Iba a cumplir mi sueño más importante y te lo quería compartir. Entonces, al recibir respuesta, salí de casa y corrí hasta este mismo bar. Y me paré de repente.

¿Sabes qué había en el lugar donde nos conocimos? ¿En dónde estaba el espectáculo callejero?

Una ambulancia y varios policías, sin ignorar la multitud de personas alrededor de un cuerpo. Le pregunté a una señora qué pasó y respondió:

—Alguien quiso robar en el bar y cuando tomaron el dinero le dispararon a un chico —negó con la cabeza—. No cambiamos más.

Le agradecí y corrí hasta el bar, ignorando lo que veía la gente. Fui tan egoísta que sólo quise enseñarte lo que conseguí con tanto trabajo. Le pregunté a un mesero amigo dónde estabas. Y entonces me miró, me miró y no respondió. Yo no entendía nada, Adam, mi cuerpo era un nudo de emociones, un nudo imposible de desatar.

Entonces dijo algo que me marcó para siempre:

— Lo siento, Adeline.

La gente lo sentía, te sentía. En su alma, en su corazón, en su vida. Te sentían y ahora te pregunto, ¿sabes lo que es lograr que alguien te sienta una persona? ¿Que yo te sienta?

Me mareé y él me quiso ayudar, pero no lo dejé. Corrí hasta las personas y grité que me dejaran pasar. Algunos policías trataron de evitarlo, pero yo tenía una gran fuerza en mi cuerpo. Tanta impotencia, tanta tristeza, tanta desesperación.

Entonces te vi ahí con los ojos abiertos sobre una camilla, estabas tan blanco e inmóvil que mi corazón se paralizó. Vi la sangre en todo tu

pecho, y se me cortó la respiración. Sólo me vi a mi misma casi cayendo, viéndote paralizado sin mover ni un músculo. Mi cabello se esparcía por todo mi rostro, y ahí caigo en la realidad: estabas muerto.

Justo ahí lo estabas, inmóvil y con los ojos abiertos. En donde nos conocimos, en donde nos vimos por primera vez.

— ¡No! —había gritado yo—. ¡No, Adam!

Pero no respondiste.

Estaba llorando y gritando como una verdadera loca, dos personas que trabajaban contigo (y me conocían) me tomaron de la cintura, tratando de llevarme al bar nuevamente.

— ¡Adam! —seguí gritando.

Me zafé de sus agarres y corrí hacia la camilla. Casi tropiezo encima tuyo, pero te abrazo y coloco mi cabeza en tu pecho.

— ¿Adam? —murmuré—. Por favor despierta, Adam.

Te apreté con más fuerza, levanté la cabeza y te miré a los ojos, tan apagados, tan muertos y sin brillo. La policía me iba a sacar de allí, pero antes logré musitar con un hilo de voz:

— ¿Sigues ahí?

Y no me respondiste, no dijiste nada. Y yo tampoco dije algo, simplemente me alejaron de allí hasta sentarme en una mesa y llamar a algún conocido. Y no estaba llorando como loca desenfrenada, no gritaba ni me quejaba. Me había quedado en shock, mirando la mesa y sin hablar. Estaba en mi mundo, pensando en tu sonrisa y tus bromas. Pensando en todo, y sabes que soy muy distraída y vivo en mi mente, pero reviví toda nuestra historia una y otra vez hasta cansarme. Y sigo sin cansarme.

Pero estaba más triste por las cosas que no hicimos. Porque no nos casamos, tampoco viajamos, no tuvimos hijos, no compramos nuestra propia casa y tampoco compraste tu auto.

Estaba sentada en la misma mesa que estoy ahora, escribiéndote una carta cuando estás muerto. Porque sigo pensando que tenías palabras en la boca, que no fue suficiente. Y pensaba en que no te hablaría nunca más, no te sentiría nunca más.

Había llegado Elizabeth primero, y sólo entró rápido; nos miramos. Corrió hasta abrazarme fuerte y decirme algo que no escuché. Y yo no dije nada ni moví algún músculo, sólo pensaba en ti. Elizabeth dijo algo tan extraño

que me aturdió el doble:

— Está en un lugar mejor, Adeline.

Y rompí en llanto, tratando de respirar con normalidad, tratando de callar mis pensamientos.

Porque eso significaba que ya no estabas aquí, ni siquiera tu alma.

Porque eso significaba que, un año más tarde, yo estaría escribiendo notas en Francia sin destinatario existente.

Me decía tantas cosas a mí misma que me asustaba. Porque tu corazón ya no latía, porque yo no estaba lista para superar una muerte. Pero el sol iba brillar un poco más, y mi corazón iba a seguir soñando con tu llegada. Pero tú no me diste respuestas, tú no me quitaste todas esas dudas.

Y yo estoy escribiendo tan rápido que podría decir que siento tu corazón latiendo en mis manos. Y no sólo me duele recordar tu mente, no sólo me rompe pensar que no estás, no sólo me lastima que no hayas vivido la publicación de mi libro y no sólo me desgarra tu trágica muerte.

Recuerdo la primera vez que vi esos ojos sin brillo, y también la última.

Me habías sonreído.

— ¿Crees que está soltero o con novia? —preguntaste sobre el payaso.

Me habías hecho sonreír.

—Yo creo que tiene novia —te seguí la broma—. Es todo un galán.

Ambos rompimos en una carcajada como yo rompí en llanto con tu muerte. Y nos miramos nuevamente, nos quedamos en silencio y me sonreíste.

—Soy Adeline —estiré mi mano.

—Soy Adam —la tomaste.

Y ahora levanto la vista, sentada en una silla dentro del bar. Y te miro atendiendo a una señora delante de mí. Pero sólo me miraste, me sonreíste y me guiñaste un ojo.

—Te amo —acabaste de decir, pero no salió ningún sonido, sólo fue mímica.

Adam, yo también te amo.

Algún día nos veremos, pero por ahora, seguiré viviendo.

Fue un gusto haber compartido sólo un capítulo contigo,

Adeline.

*Fin.*